



San Juan de Ávila, un clérigo secular, en la vida consagrada de la Iglesia

Para ser declarado doctor de la Iglesia universal, se requiere que el candidato a este título, además de una «doctrina eminente» y un destacado ejemplo de santidad de vida, haya tenido una influencia eficaz en la Iglesia y que la siga teniendo en la actualidad.

Llamado “Maestro de maestros”, Juan de Ávila (1499 o 1500–1569) se relacionó como consejero y guía espiritual con la espléndida generación de santos, sus contemporáneos, varios de los cuales fueron fundadores o reformadores de conocidas Órdenes religiosas. Además de fray Luis de Granada, dominico, su discípulo, amigo y primer biógrafo, entre otros: santo Tomás de Villanueva, religioso agustino y obispo; san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús; san Juan de Dios, que se convirtió oyéndole predicar y fundó después la Orden Hospitalaria; san Pedro de Alcántara, franciscano; san Francisco de Borja, convertido también oyendo la predicación de san Juan de Ávila; santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz, reformadores de la orden carmelitana... y otros.

Durante el siglo XVI, que fue el suyo, y durante los siglos XVII y XVIII, la influencia de Juan de Ávila en la vida religiosa fue directa y extensa por toda Europa y América a través de sus escritos, tal



como lo prueban las numerosas ediciones de sus obras en distintos idiomas: español, italiano, francés, portugués, alemán e incluso griego. Durante los siglos XIX y XX su influencia ha seguido siendo directa y fecunda sobre todo en el ámbito de lengua hispana; pero ha sido mucho más extensa su influencia indirecta a través de los autores espirituales y fundadores que bebieron de sus fuentes y transmitieron su doctrina de manera espontánea en sus propias orientaciones espirituales y apostólicas. Se trata de una doctrina ya asimilada en la vida y santidad de la Iglesia, que ha seguido y sigue produciendo copiosos frutos, aunque en algunos casos no se explicita con precisión cuál es la semilla buena y fecunda que ha dado tan abundante y provechosa cosecha.

Después de una breve alusión a su persona y su tiempo, nos detenemos en su relación e influencia con las grandes figuras de su época que destacaron por su aportación a la verdadera reforma de la Iglesia y, de modo muy particular, con los grandes fundadores o reformadores de Órdenes religiosos contemporáneos suyos, cuya savia vital permanece en la actualidad y se difunde e influye en todo el Pueblo de Dios. Nos referiremos después a algunos de los principales santos y autores espirituales posteriores —desde el siglo XVII hasta la actualidad— que leyeron los escritos del Maestro Ávila, se inspiraron en él y tuvieron su doctrina como referencia en sus orientaciones e incluso en sus fundaciones.

La persona y el tiempo

Hijo único en una familia muy acomodada de Almodóvar del Campo (Ciudad Real), entonces diócesis de Toledo, después de haber estudiado Leyes durante cuatro cursos en la prestigiosa Universidad de Salamanca y concluidos sus estudios de Teología en la de Alcalá, Juan de Ávila recibió la ordenación de presbítero en 1926, cuando ya habían muerto sus padres. Celebró el acontecimiento dando de comer a los pobres y repartió luego entre ellos su cuantiosa herencia, procedente de las minas de plata que tenían en Almadén, porque su proyecto era ser misionero en el Nuevo Mundo. Pero cuando estaba esperando en Sevilla para embarcar hacia México, aconsejado por un gran catequista, Fernando de Contreras, el arzobispo cambió su ruta: había que evangelizar Andalucía.

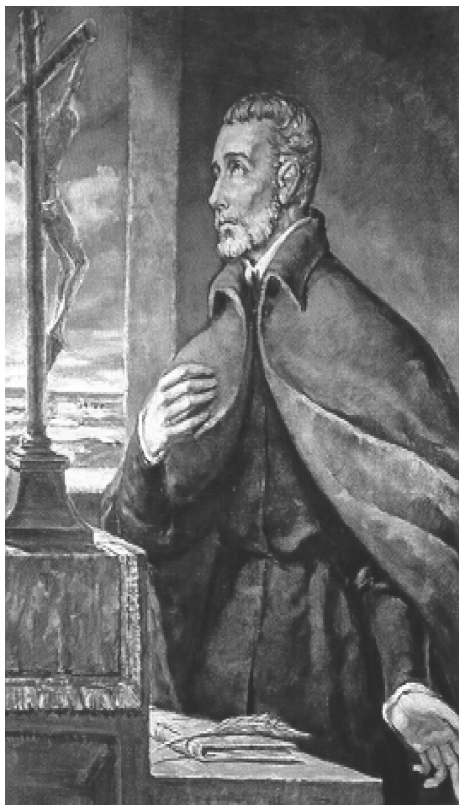


La “Nueva evangelización” no solo es una urgencia actual. Andalucía había sido muy cristiana, pero estaba presente en ella la huella de siglos de dominación musulmana y había que mostrar de nuevo el Evangelio, con la palabra y con el propio testimonio, a quienes se habían olvidado o alejado de él y deseaban adherirse de nuevo a esta pauta de vida.

Juan de Ávila era un gran teólogo; de los mejores alumnos de la recién fundada Universidad de Alcalá, según su maestro Domingo de Soto. Y hubiera sido un destacado profesor, pero divulgó su enseñanza no desde una cátedra universitaria, sino predicando en las iglesias y por las calles y plazas. Pero sus notables éxitos se vieron pronto nublados en Sevilla por una denuncia a la Inquisición de mantener doctrinas sospechosas, y mientras tuvo lugar el proceso —entre 1531 y 1533— quedó recluido en las cárceles inquisitoriales. Fue una corta pero fecundísima etapa de su vida, porque, dedicado a la oración, captó con singular intensidad la hondura y alcance del amor de Dios, experiencia que en adelante sería el tema principal de su predicación, y porque comenzó a escribir su obra más conocida, el *Audi, filia*, dedicada a una joven. Emitida la sentencia completamente absoluta en 1533, poco después se trasladó a Córdoba, donde conoció a fray Luis de Granada. Más adelante, en 1536, fijó su residencia en Granada, donde parece que obtuvo el título de Maestro, para terminar sus días nuevamente en Córdoba, muriendo en Montilla en 1569.

Vivió siempre muy pobremente, dedicado a la oración y a la predicación. Centró su interés en mejorar la formación de quienes se preparaban para el sacerdocio, para lo que fundó una quincena de colegios mayores y menores que, después del concilio de Trento, habrían de convertirse en seminarios conciliares. Y fundó una universidad, la de Baeza (Jaén), destacado referente académico durante siglos.

Convencido de la llamada a la santidad de todos los fieles, favoreció las distintas vocaciones en la Iglesia, y estimuló a la mayor santidad de clérigos, religiosos y laicos, imprescindible para la reforma de la Iglesia, que cada vez consideraba más necesaria e incluso urgente. El arzobispo de Granada quiso llevarle como teólogo asesor al Concilio de Trento, que entonces celebraba sus sesiones. No pudo ir por falta de salud, pero escribió dos importantes *Memoriales* que influyeron decisivamente en sus conclusiones.



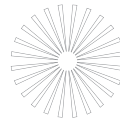
Juan de Ávila, Apóstol y Maestro.
Cuadro del IV Centenario de la Muerte
del Beato Ávila, 1961.
Obra de Juan Antonio Morales.

El Maestro Ávila es también autor de un catecismo, la *Doctrina Cristiana*, que podía ser recitado y cantado. Escribió comentarios a textos bíblicos; conocemos numerosos *Sermones* y *Pláticas espirituales*, varias de ellas dirigidas a religiosas, y un precioso epistolario. Escribió también los temas tan queridos para él como el *Tratado sobre el sacerdocio* y el *Tratado del amor de Dios*¹.

¿Qué puede decirnos a nosotros, que vivimos en el siglo XXI, un hombre del XVI? Quinientos años después la Iglesia y el mundo vuelven los ojos a un Maestro cuyo temple de persona, estilo de vida y calidad de enseñanza lo hacen decididamente actual. Porque pasan los tiempos, pero quienes han hecho una aportación cualificada a la humanidad son siempre contemporáneos.

«Tiempos recios», al decir de santa Teresa de Jesús, fueron los que le tocó vivir al Maestro Ávila. Es cuando se consolidó la unidad nacional con los Reyes Católicos y cuando España experimentó su gran apertura a Europa con Carlos I. Amplios horizontes y sociedad muy plural, casi recién terminada la Reconquista, era evidente la tensa o consensuada convivencia entre judíos, cristianos y musulmanes. El reciente descubrimiento de América apremió a muchos a llevar el cristianismo a aquellas tierras y, como acabamos de decir, él mismo se sintió acuciado por esta urgencia. La circunvalación del mundo por Magallanes y Elca-

1 SAN JUAN DE ÁVILA, *Obras Completas*, nueva edición crítica de L. Sala Balust y Francisco Martín Hernández, 4 vols., BAC Maior, Serie Biblioteca Clásica, Madrid 2000-2003.



no supuso, en realidad, la primera globalización del planeta, a la vez que Europa se veía dividida por el cisma luterano y al acecho por el peligro turco en el Mediterráneo. Espiritualmente, fue una época de reformas a través del retorno a las fuentes: la Escritura, la primitiva Iglesia, los Padres; y cobró valor la interioridad de la persona a través del propio conocimiento y la oración.

En este contexto, Juan de Ávila es una de las personalidades más representativas del siglo XVI. Contribuyó como nadie a que la energía espiritual de la primera mitad de este Siglo de Oro español emergiera pujante, abriendo cauces a la revitalización pastoral de la Iglesia. Un sacerdote secular, diocesano, que, según sus biógrafos, «vivía de la oración, en la que gastó la mayor parte de su vida». Predicador enamorado de Jesucristo y profundo admirador de san Pablo; amigo y apoyo de muchos santos, fue posiblemente el sacerdote más consultado en su tiempo. Un verdadero humanista: conocedor de Leyes, que estudió en Salamanca; de las más modernas corrientes teológicas, que profundizó en Alcalá, y compenetrado del todo con la Sagrada Escritura, que sabía de memoria. También hábil ingeniero, capaz de fabricar un artilugio para elevar el agua; con buen sentido del humor y profundo conocedor de la condición humana. Sus escritos destacan por su realismo y hondura espiritual.

Maestro de maestros

Como afirmó fray Luis de Granada, el magisterio del beato Ávila se abrió en dos direcciones: un «magisterio de presencia» y un «magisterio de ausencia». Es decir: un magisterio vivo, oral, directo; y un magisterio escrito, a través de sus obras.

Uno de los hechos biográficos de san Juan de Ávila que suscita hoy más admiración es el elevado número de contemporáneos suyos, canonizados después por la Iglesia, que establecieron relación con él para pedirle consejo o para alimentar con sus escritos su camino espiritual, como pude observarse, particularmente, en su *Epistolario*.

Es un caso del todo excepcional en la historia de la Iglesia. Resulta notorio el atractivo que suscitaba su doctrina y su don de consejo, y es evidente la influencia real del Maestro Ávila a través



de las personas, los escritos y las fundaciones de dichos santos². La mística y la vida espiritual española de los siglos XVI y XVII no sería descifrable sin tener en cuenta la clave avilista, especialmente a partir del *Audi, filia*, y no en vano se dice de él que tuvo la llave de la mística, por abrir decididamente sus puertas al aprobar sin reparos, aunque sí rogándole precaución, la autobiografía de Teresa de Jesús.

Los santos contemporáneos ya citados pertenecieron, reformaron o fundaron notables familias religiosas, con las que el Maestro tuvo una relación especial.

Tuvo mucha relación con los dominicos: baste recordar que tenía proyectado ir de misionero a México con el dominico fray Julián Garcés, recién nombrado obispo de Tlaxcala y con un grupo de doce dominicos; o su estrecha amistad con fray Luis de Granada, su primer biógrafo, en la que nos detendremos después.

Santo Tomás de Villanueva (1486-1555), religioso agustino y obispo, había estudiado en la Universidad de Alcalá de Henares, donde entabló profunda amistad con el sacerdote Fernando de Contreras. Después de profesar en la Orden de san Agustín, llegó a Sevilla en 1527 como provincial de los agustinos. Allí se encontró de nuevo con Contreras, que en 1526 había influido para que Juan de Ávila prescindiera de su proyectado viaje a las Indias y se quedara como predicador en Sevilla. Surgió así entre los tres una amistad alimentada por los mismos ideales de reforma y de santidad. El aprecio personal se tradujo en que, siendo Tomás de Villanueva arzobispo de Valencia, favoreciera en su diócesis el método catequético del Maestro Ávila, editando y difundiendo en 1554 su catecismo en verso o *Doctrina Cristiana*³. La admiración que Tomás de Villanueva sentía por el Maestro Ávila se refleja en estas palabras de fray Luis de Granada: «El santo fray Tomás de Villanueva, gloria de la religión de San Agustín, Arzobispo de Valencia... decía y afir-

2 Pueden verse las cuarenta y nueve monografías del libro MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRIGUEZ (ed.), *Entre todos, Juan de Ávila. Elogio al Santo Maestro en el entorno de su proclamación como Doctor de la Iglesia universal*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2011.

3 Cf. L. RESINES LLORENTE, “Revisión de la *Doctrina Christiana* de Juan de Ávila”, en JUNTA EPISCOPAL “PRO DOCTORADO DE SAN JUAN DE ÁVILA”. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA (ed.), *El Maestro Ávila, Actas del Congreso Internacional*, Madrid, 27-30 noviembre 2000, EDICE, Madrid 2002, pp. 226-317.



maba que, desde los Apóstoles acá, no había quien hubiese hecho más fruto que el venerable Juan de Ávila»⁴.

La Compañía de Jesús ocupa el lugar más destacado si se considera el número de jesuitas que procedían de los discípulos del Maestro Ávila⁵, unos treinta, y, sobre todo, las grandes alabanzas tributadas por san Ignacio de Loyola (1491-1556). No sabemos si se conocieron personalmente, aunque debieron coincidir durante unos meses en Alcalá, porque Ignacio de Loyola llegó como estudiante a la Universidad en la primavera de 1526, año en que Juan de Ávila terminó sus estudios y recibió la ordenación de presbítero. Pero sí sabemos que se apreciaban mucho y que mantuvieron frecuente relación epistolar⁶, en la que se refleja la gran estima y veneración mutua. Cuando Ignacio se había establecido ya en Roma, el Maestro Ávila estaba en plena actividad de misiones populares y creación de centros educacionales y, por su indicación, un número considerable de discípulos del Maestro Ávila pasaron a la naciente Compañía. El santo fundador deseó vivamente que el Maestro se hiciera jesuita: «Quisiera el santo Maestro Ávila venirse con nosotros —decía—, que le trajéramos en hombros, como el Arca del Testamento, por ser el archivo de la Sagrada Escritura que si esta se perdiera, él solo la restituiría a la Iglesia»⁷. Después de la muerte del santo fundador, el Maestro Ávila conservó siempre un gran aprecio hacia él y hacia su obra. Escribía a su sucesor el P. Diego Laínez: «Tenemos los ojos puestos en esta santa Compañía, como señal y prenda de la benevolencia que Dios nos tiene»⁸.

Los jesuitas que habían conocido al Maestro divulgaron sus escritos y su fama de santidad. Así, por España, Nadal, Laínez, Araoz, Estrada, Plaza, Francisco de Toledo y otros. Sus escritos catequísticos fueron divulgados principalmente por los jesuitas de Roma, Mesina, Florencia. El P. Juan de la Plaza llevó a México una buena

4 FRAY LUIS DE GRANADA, *Vida del Padre Maestro Juan de Ávila*, Madrid 1588, p. 54.

5 Cf. JAVIER BURRIEZA SÁNCHEZ, “La Compañía de Jesús que conoció Juan de Ávila”, en *Entre todos...* op. cit., pp. 51-58 y ANTONIO NAVAS GUTIÉRREZ, “San Juan de Ávila en el entorno de la Compañía de Jesús”, *Ibidem*, pp. 205-208.

6 Es interesante la aportación de ENRIQUE GARCÍA HERNÁN, “Ignacio de Loyola y Juan de Ávila en 1538”, en *Entre todos...*, op. cit., pp. 126-132.

7 Cf. J. L. MARTÍNEZ GIL, *Proceso de beatificación del Maestro Juan de Ávila*, Madrid 2004, p. 604.

8 *Carta, Obras Completas*, op. cit., IV, pp. 639-640, 9ss.



herencia avilista. Pero, sobre todo, fueron los discípulos de Juan de Ávila que entraron en la Compañía, unos treinta, quienes divulgaron la figura del Maestro. Entre ellos: Cristóbal de Mendoza —el primero admitido por san Ignacio en Roma en 1546—; Diego de Guzmán, y Gaspar Loarte, predicadores infatigables en España e Italia; Francisco Gómez, teólogo y canonista, Luis de Santander, Alonso de Barzana, misionero y catequista en Perú; Juan Ramírez, criado desde niño junto a Juan de Ávila, que llegó a ser el predicador más celebre que tuvo la Compañía en el siglo XVI. Gaspar Pereira, que asistió a Juan de Ávila en su muerte y luego marchó a Perú. Otros están relacionados con Portugal, y difundieron su doctrina y espiritualidad por este país y sus territorios de misión, como Diego de Santa Cruz, Pedro Pablo Ferrer y Fernán Pérez, que fueron profesores en la Universidad de Évora. También llegó su influencia a Oriente⁹ por Juan Díaz, que en 1546 marchó a las islas Molucas, donde conoció a san Francisco Javier, entrando en la Compañía de Jesús en Goa, y otro discípulo de Ávila, Diego de Pareja, fue enviado como misionero a Goa y Cochín. Y hasta África: Manuel Fernández a Etiopía, etc.

Pero entre los jesuitas hay que destacar a Francisco de Borja (1512-1572), duque de Gandía, marqués de Lombay y virrey de Cataluña, cuya vida se cruzó con la de Juan de Ávila en las honras fúnebres de la emperatriz Isabel, la bella esposa del Emperador Carlos V, enterrada en Granada en 1539¹⁰. Uno de los sermones corrió a cargo de Juan de Ávila, con quien sintonizó enseguida Borja, que sentía ya la llamada de Dios a consagrarle la vida. Se encontraron después en Córdoba y en Montilla, cuando Francisco de Borja viajaba hacia Portugal esquivando la Inquisición. Hay dos cartas del Maestro Ávila a Francisco de Borja, ya tercer prepósito general de la Compañía, en las que le anima a llevar con confianza «la cruz del regimiento que nuestro Señor ha puesto en sus hombros»¹¹ y le comunica datos sobre algunos discípulos suyos que entraron en la Compañía. Hace también mención de su trato con el anterior prepósito general, el P. Diego Laínez. En el proceso de

9 Cf. EDUARDO JAVIER ALONSO ROMO, “Juan de Ávila en las misiones de Oriente”, en *Entre todos...*, *op. cit.*, pp. 25-30.

10 Cf. F. R. MOLERO, “Dos santos, Ávila y Borja, en Granada”, *Manresa* 42 (1970), pp. 253-278.

11 *Carta 192, Obras Completas, op. cit.*, IV, pp. 641, 2s.



Granada para la beatificación de Juan de Ávila, consta que cuando Francisco de Borja visitó la casa de Montilla «entró de rodillas desde la puerta del aposento donde vivía hasta donde murió»¹².

Es de destacar también la relación de Juan de Ávila con la Orden Hospitalaria¹³. Juan Ciudad, después san Juan de Dios (1495-1550), de origen portugués, pastor, soldado y librero, como reconocen todos sus biógrafos, cambió de vida al escuchar un sermón del Maestro Ávila pronunciado en la ermita de los mártires de Granada, junto a la Puerta de Elvira, en 1537. El Maestro Ávila, que pidió limosna con este fin, y el arzobispo don Pedro Guerrero le ayudaron a fundar un hospital en Granada, germen de la Orden Hospitalaria, de hermanos dedicados a la acogida y cuidado de los enfermos, fundada por Juan de Dios. Las cartas dirigidas a él testifican la dirección espiritual por parte del Maestro y retratan a Juan de Dios como santo de la caridad. Cuando este iba a visitar al Maestro en Montilla, se quedaba en la cruz de la entrada a la villa y le hacía llegar el recado: «Díganle al gran Maestro, a mi gran padre, que aquí está aquel gran pecador, Juan de Dios, que si le da licencia le irá a ver»¹⁴. Y, naturalmente, la recibía. Murió en Granada, antes que el Maestro, en el año 1550.

Entre Juan de Ávila y la Orden franciscana hubo mutuas influencias: fue un franciscano quien le aconsejó estudiar Teología en Alcalá, fundada por el cardenal Cisneros, en la que había buen clima de alta espiritualidad, y donde, juntamente con santo Tomás, se estudiaban los teólogos de la escuela franciscana. Además, autores franciscanos como Francisco de Osuna con sus *Abecedarios Espirituales* fueron alimento de su propia espiritualidad. Y él ayudó en la dirección espiritual a monjas clarisas, como las del convento de Montilla. Pero destaca la figura de san Pedro de Alcántara (1499-1562), provincial de los franciscanos, que promovió la reforma de la Orden en una línea de suma austeridad y fue consejero espiritual de santa Teresa de Jesús. El Maestro Ávila se encontró con él en Zafra

12 Declaración del P. Francisco Alemán, rector del Colegio de la Compañía en Montilla, cf. J. L. MARTÍNEZ GIL, *Proceso de beatificación...*, op. cit., p. 244.

13 Cf. JOSÉ LUIS MARTÍNEZ GIL, "San Juan de Ávila, apóstol de la caridad", en *Entre todos...*, op. cit., pp. 195-198, y JUAN ANTONIO DIEGO ESQUIVIAS, "A vosotros mismos", *Ibidem*, pp. 63-66.

14 Cf. J. L. MARTÍNEZ GIL, "San Juan de Ávila, Director Espiritual de San Juan de Dios", *Salmanticensis*, 47 (2000), pp. 433-474.



(Badajoz) el año 1546 y posteriormente lo visitó en su retiro extremo de Pedroso. Pedro de Alcántara fue también el gran propagandista del tratado sobre *Oración y meditación* de fray Luis de Granada, donde se cita abundantemente la doctrina de san Juan de Ávila.

La Orden carmelitana renovada tuvo suma importancia para la mística española, y Juan de Ávila para garantizar la autenticidad de las gracias recibidas por santa Teresa de Jesús (1515-1582), doctora de la Iglesia. No se conocieron personalmente, pero sí trató la santa a algunos discípulos del Maestro, entre ellos a Diego Pérez de Valdivia, profesor en la Universidad de Baeza y al P. Juan Díaz, primer editor de los escritos de san Juan de Ávila, que dejó a santa Teresa algunos sermones del Maestro. Y mantuvo con él correspondencia epistolar. Aunque lo deseó anteriormente, la consulta sobre su manuscrito del *Libro de la Vida*, donde relata sus experiencias espirituales, así como la respuesta, son de 1568, un año antes de la muerte del Maestro¹⁵. Las dos cartas de Juan de Ávila, escritas en Montilla, alaban el modo de obrar de la santa y le orientan sobre sus experiencias místicas, prometiendo enviarle unas notas más amplias, promesa que, por sorprenderle la muerte, no pudo realizar. «Lo que me da pena —exclamó la santa al conocer la noticia— es que pierde la Iglesia de Dios una gran columna y muchas almas un grande amparo, que tenían en él, que la mía, aun con estar tan lejos, le tenía por esta causa obligación». Ella guardó siempre muy grato recuerdo de él, conoció y apreció a algunos de sus discípulos.

Por otra parte, el colegio de carmelitas descalzos fundado en Baeza por san Juan de la Cruz (1542-1591), también doctor de la Iglesia, fue debido a la petición que hicieron los profesores de esta universidad, discípulos de san Juan de Ávila, entre ellos Carleval, Pérez de Valdivia, Ojeda, Sepúlveda y especialmente el P. Núñez Marcelo, que fue quien más ayudó a la reforma carmelitana. Los biógrafos de san Juan de la Cruz dicen que, gracias al trabajo de Juan de Ávila y sus discípulos en Baeza, encontró allí el clima y ambiente espiritual apropiado para que tuvieran muy buena acogida y surgieran abundantes vocaciones. Pronto, algunos seculares que

15 Cf. TEÓFANES EGIDO LÓPEZ, “Aprobación de la *Vida* de santa Teresa por el Maestro Juan de Ávila”, en *Entre todos...*, *op. cit.*, pp. 67-70 y JOSÉ DAMIÁN GAITÁN DE ROJAS, “Juan de Ávila, Maestro en la Iglesia”, *Ibid.*, pp. 111-114.



habían sido discípulos fervorosos del P. Ávila, empezaron a entrar como carmelitas. Así, los seculares ermitaños de La Peñuela y los de El Tardón, en Sierra Morena, entre los que salieron carmelitas ilustres, como Mariano de Azaro y Juan Warduch, de procedencia italiana, el primero especialista en obras de ingeniería y el segundo pintor, conocido como fray Juan de la Misericordia, que retrató a santa Teresa. Son de destacar también los carmelitas Francisco Ruiz Mejías, que había colaborado con Juan de Ávila en Baeza como educador de niños y que llegó evangelizando hasta el Congo, y el P. Tomás de Jesús, nacido en Baeza, que se educó en el colegio fundado por san Juan de Ávila, celoso carmelita después, introductor de la reforma teresiana en Francia, Bélgica y Alemania.

Inspirador de escritores religiosos de su tiempo

Entre los primeros difusores de la espiritualidad del Maestro a través de los propios escritos, son destacables, sobre todo, fray Luis de Granada y Diego de Estella.

El dominico, autor clásico de espiritualidad, “escritor del Imperio”, uno de los autores espirituales que más han influido en la piedad cristiana a través de las múltiples ediciones de sus numerosos escritos en muy diversas lenguas y uno de los más leídos en los últimos cinco siglos, fray Luis de Granada (1504–1588), fue uno de los mejores amigos y discípulos del Maestro Ávila, que ha contribuido como pocos a la difusión del pensamiento contenido en sus obras¹⁶. Sería su primer biógrafo y el gran propagador de su doctrina y escritos. Como sabemos, encontró al Maestro Ávila en Córdoba (1535), y comenzó entonces una etapa nueva de su vida, siguiendo sus consejos espirituales. Cuando en 1544 fue nombrado predicador general de la Orden, el Maestro Ávila le escribió una extensa carta sobre la predicación¹⁷. En uno de sus primeros tratados, *De modo orandi*, dice fray Luis que se está inspirando en el manuscrito del *Audi, filia* de Juan de Ávila, y de ahí nació su famoso *Libro de la Oración*, que adquirió una gran popularidad y difusión.

16 Cf. VITO TOMÁS GÓMEZ GARCÍA, “Amistad entre san Juan de Ávila y fray Luis de Granada”, en *Entre todos...*, *op. cit.*, pp.145–150 y ALFONSO ESPONERA Cerdán “Tres predicadores del evangelio: san Juan de Ávila, fray Luis de Granada y san Juan de Ribera”, en *Entre todos...*, *op. cit.*, pp. 71–78.

17 Es la publicada como *Carta 1, Obras Completas, op. cit.*, IV, pp. 5–14.



En la *Guía de pecadores* (Lisboa 1556), fray Luis publicó una parte del *Audi, filia*, todavía no editado por el Maestro. Diecinueve años después de la muerte del Maestro, escribió su primera biografía, cuando fray Luis estaba próximo al final de su vida terrena¹⁸.

Diego de Estella (1524-1578), franciscano, sobrino de san Francisco Javier y predicador de Felipe II, compuso obras muy difundidas en las que se percibe la influencia del Maestro Ávila, como el *Tratado de la vanidad del mundo dividido en tres libros* (Toledo 1562), traducido a varios idiomas, o las *Cien meditaciones devotísimas del amor de Dios* (Salamanca, 1576), que también se difundieron muchísimo no solo en España sino en Francia, y cuya huella es muy perceptible en Fénelon y en el *Tratado del Amor de Dios* de san Francisco de Sales.

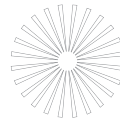
No sorprende que se descubran claras influencias del Maestro en los escritores espirituales de la Compañía de Jesús. Habiendo convivido con el Maestro y circulando profusamente sus escritos entre los primeros jesuitas, es normal que en las palabras y en las obras de estos se advierta una clara influencia del Maestro Ávila. El P. Baltasar Álvarez acudía con frecuencia a sus obras, y los Padres Martín Gutiérrez y Antonio Cordeses, en *Pláticas sobre oración* y en *Itinerario de la perfección cristiana* respectivamente, siguen muy de cerca el *Audi, filia*.

La influencia en santo Toribio de Mogrovejo (1538-1606) puede deducirse por el hecho de que las actas de los concilios de Toledo y Granada sirvieron de pauta en el tercer concilio de Lima (1582-1583), presidido por el santo arzobispo, quien había sido presidente de la Cancillería de Granada y se había llevado a Lima los escritos de reforma del Maestro Ávila, con lo cual la influencia del “Apóstol de Andalucía” llegó muy pronto también al Nuevo Mundo¹⁹.

Muy diáfana es también su huella en el cartujo de Burgos fray Antonio de Molina Herrera (1560-1619), muy leído en círculos extranjeros y con gran influjo en grandes figuras de la espiritualidad, que cita abundantemente la doctrina del Maestro Ávila. En el tratado *Instrucción de sacerdotes, sacada de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y Santos Doctores de la Iglesia* (Burgos 1612),

18 *Vida del Padre Maestro Juan de Ávila...*, Madrid, Pedro Madrigal, 1588, dedicada al arzobispo de Valencia, San Juan de Ribera, amigo suyo y del Maestro Ávila.

19 *Ibidem*, n. 4, 432-434: influencia en el tercer concilio de Lima.



que tuvo muchas ediciones y fue traducido a varios idiomas llegando a ser libro de cabecera de muchos sacerdotes, cita explícita o implícitamente con frecuencia al Maestro Ávila, especialmente sus pláticas sacerdotales.

Influencia del Maestro Ávila en los siglos posteriores

La relación del Maestro Ávila con las Órdenes religiosas se plasmó, pues, en una influencia muy directa y, al mismo tiempo, resultó un medio providencial para transmitir y ampliar su herencia a nivel nacional e internacional.

Es normal que en destacados escritores posteriores de la Compañía de Jesús se reconoce la clara influencia de Juan de Ávila, e incluso copia de fragmentos de sus escritos, como en el conocido P. Luis de la Palma, autor de su *Historia de la Sagrada Pasión*; en el padre Alonso Rodríguez, con su famoso *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*, que cita a Ávila más de treinta veces. Lo mismo el P. Rivadeneira, que el *Tratado de la tribulación* dice que toma todo un capítulo del *Tratado del amor de Dios*.

Entre los destacados apóstoles y educadores a los que llegó la influencia de san Juan de Ávila, puede señalarse a san José de Calasanz, continuador y modernizador de la oleada de catequistas que suscitó el Maestro.

Notorio es también su influjo en san Francisco de Sales y en san Alfonso María de Ligorio, ambos doctores de la Iglesia y figuras representativas de la espiritualidad moderna en Francia y en Italia. Francisco de Sales (1567-1622), obispo de Ginebra, que inauguró la gran escuela francesa del siglo XVII, lo cita con frecuencia en la *Introducción a la vida devota* y el *Tratado del amor de Dios*, y se remite a su autoridad espiritual. Más aún Alfonso María de Ligorio, que conocía a fondo la obra del Maestro Ávila y hace referencia a él en sus populares *Visitas al Stmo. Sacramento*, en *Práctica del amor a Jesucristo*, en *Las Glorias de María*, obra a la que alega uno de los *Sermones sobre la Virgen Santísima* del Maestro²⁰; en la *Selva de Materias predicables en Ejercicios para Sacerdotes*; en *Cartas a un religioso amigo suyo* y en sus *Sermones abreviados*.

20 Pueden comprobarse las citas en el índice onomástico del vol. I de *Obras ascéticas de S. Alfonso María de Ligorio*, BAC, Madrid 1952.



Prescindimos aquí del cardenal Bérulle (1575–1629), destacadísimo seguidor del Maestro Ávila, que introdujo el Carmelo en Francia y, estimulado por san Francisco de Sales, fundó la Sociedad del Oratorio, destinada a la formación del clero. La escuela francesa conoció y usó el tratado de fray Antonio de Molina, y apreció los escritos y la figura de san Juan de Ávila.

En la órbita del Maestro hay que colocar, desde luego, al obispo y gran predicador san Antonio María Claret (1807–1870). La influencia de Juan de Ávila en el santo fundador de los Misioneros del Inmaculado Corazón de María es profunda y decisiva en su orientación apostólica. Tal como afirma en su *Autobiografía*, es un modelo de «celo apostólico que le movió mucho siempre»²¹. E influyó incluso en la orientación de la congregación fundada por él. No se trata solo de una exposición doctrinal que hace referencia a otro autor, sino que, en este caso, se refiere a su propia experiencia, como de quien ha quedado impresionado por la vida del Maestro en cuanto predicador y modelo de celo apostólico. Reconoce que ningún autor, entre los muchos que había leído, le han impresionado y convencido tanto: «Su estilo es el que más se me ha adaptado y el que he conocido que más felices resultados daba. ¡Gloria sea a Dios nuestro Señor, que me ha hecho conocer los escritos y obras de ese gran Maestro de predicadores y padre de buenos y celosísimos sacerdotes!»²². Los biógrafos del P. Claret afirman que el santo fundador conservaba anotadas las obras del Maestro Ávila en la edición de 1759, en nueve tomos, y que en su cuaderno dejó constancia también de las cartas que más le habían ayudado.

San Vicente de Paúl (1581–1660) refleja en sus escritos la doctrina sacerdotal de fray Antonio de Molina, con ideas tomadas de san Juan de Ávila. En el *Reglamento de los Ejercicios para los Ordenandos* aconsejaba la lectura diaria de sus obras.

-
- 21 S. ANTONIO M. CLARET, *Escritos autobiográficos y espirituales*, BAC, Madrid, 1959, p. 255. Los editores hacen constar en una nota que se conserva la edición o ejemplar de las *Obras* del Maestro Ávila que manejó Claret, la de 1759, en nueve tomos, que, a juzgar por la caligrafía de las notas y acotaciones, compró acaso «ya de seminarista». Dicen también que se conserva un cuaderno del santo en que anotó las cartas del *Epistolario* avilino que más le impresionaban.
- 22 Cf. SAN ANTONIO M^a CLARET, *Escritos autobiográficos*, BAC, Madrid, 1981, n. 303. Cf. J. BERMEJO, “San Juan de Ávila y San Antonio María Claret”, en *Congreso 2000, op. cit.*, pp. 865–892.



El conocido biógrafo de Juan de Ávila, licenciado Luis Muñoz, ofrece pistas sobre autores de las diversas Órdenes religiosas, que se relacionaron más con el santo Maestro, a través de los cuales ha ido llegando a todas las latitudes su testimonio y su doctrina: jesuitas, dominicos, carmelitas, franciscanos, jerónimos, hermanos de san Juan de Dios.... Muñoz alude, entre otros, a fray Diego de Yepes, fraile jerónimo, obispo de Tarazona, confesor de Felipe II; fray Juan de Santa María, historiador de la Orden franciscana de la descalcez; fray Agustín Salucio, Maestro de la Orden de Santo Domingo; fray Antonio Daza, historiador de la Orden de San Francisco; el ya aludido P. Pedro de Rivadeneira, jesuita, biógrafo de san Francisco de Borja; fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, de la Orden carmelitana, en relación con santa Teresa; fray Tomás de Jesús, también escritor carmelita; Francisco de Castro, biógrafo de san Juan de Dios y otros²³.

Influencia en religiosos contemporáneos

Viniendo al siglo XX, es de destacar su influencia en el beato José Allamano (1851-1926), sacerdote diocesano de Turín, fundador de los misioneros y misioneras de la Consolata. A sus misioneros les proponía con frecuencia a Juan de Ávila como modelo de apóstol y de santo. Lo cita junto a otros grandes autores, como autoridad indiscutible y lo presenta especialmente en relación con la Eucaristía, con la búsqueda de la voluntad de Dios y con la dirección espiritual²⁴.

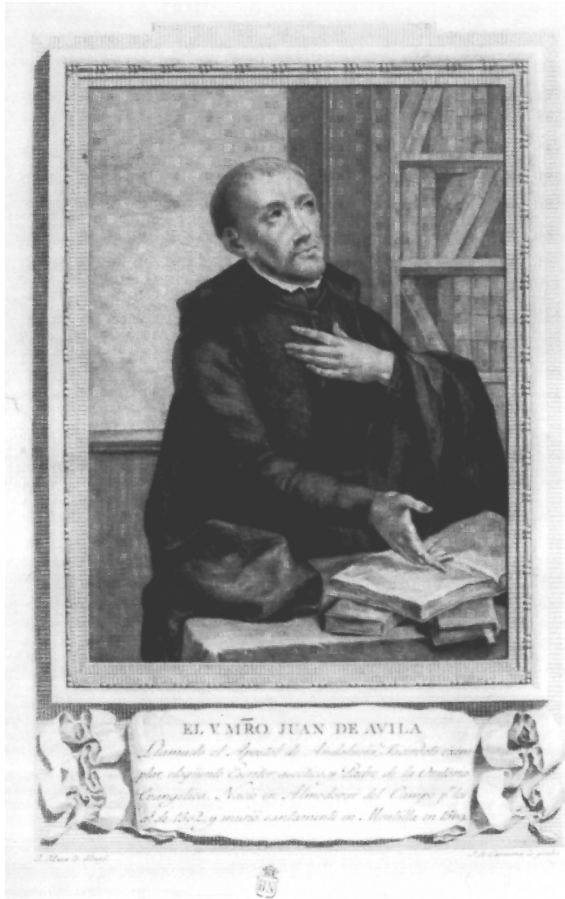
El beato Manuel González (1877-1940), obispo de Málaga y de Palencia, conocido como el “Apóstol de la Eucaristía”, fundador de los Misioneros Eucarísticos, de la Obra de las Marías de los Sagrarios y de los Discípulos de San Juan, fue también un admirador de la figura sacerdotal de Juan de Ávila, cuyo sepulcro visitó con devoción y en cuya fiesta solía predicar. Lo propone como ejemplo de sacerdotes junto al Cura de Ars, particularmente en el celo apostólico: «Sudar y enronquecer y enfermar predicando la palabra de

23 Cf. L. MUÑOZ, *Vida*, lib. 2º, cap. 26-27. En el cap. 27 aduce algunas autoridades de mucha valía histórica, también de las diversas órdenes.

24 Cf. TUBALDO, I., *Giuseppe Allamano. Il suo tempo, la sua vita, la sua opera*, Torino, Ediz. Miss. Consolata, 1982-1986.



Dios a lo beato Juan de Ávila»²⁵. Sus Misioneros Eucarísticos, con el estilo de misiones populares, están inspirados en el grupo de discípulos del santo Maestro.



El Venerable Maestro Ávila, escritor.
Grabado de Juan Antonio Salvador Carmona sobre un dibujo de José Mea, 1792.

Santa Maravillas de Jesús (1891-1974), carmelita descalza, impulsora de la espiritualidad carmelitana y fundadora de diversos conventos de la Orden, notable por su caridad y por su acción social con los más necesitados, solía acompañarse de los escritos de san Juan de Ávila, de los que tenía hecha una selección que consultaba con frecuencia²⁶.

El siervo de Dios José María García Lahiguera (1903-1989), arzobispo de Valencia y fundador de las Hermanas Oblatas de Cristo Sacerdote, ha tenido y sigue teniendo una gran influencia en muchos ambientes sacerdotales, a nivel internacional. En su *Diario Espiritual* constata repetidas veces que, al inicio de su vida sacerdotal hizo discernimiento sobre si

25 Cf. D. MANUEL GONZÁLEZ, *Obras completas*, Editorial Monte Carmelo, Burgos 1998-2001: t. II, n. 609; t. III, n. 4901.

26 Cf. *San Juan de Ávila. Sacerdote y Maestro de espíritu. Pensamientos y sentencias propios para encender las almas en el amor de Dios*. Textos seleccionados por la M. Magdalena de la Eucaristía, carmelita descalza, para uso de la M. Maravillas, tomos I y II, Edibesa, Madrid 2009.



escogería una vida de cartujo o de misionero apostólico al estilo de san Juan de Ávila, opción que elogió.

La influencia del Maestro Ávila fue y sigue siendo de largo alcance. Porque en las grandes Órdenes religiosas, de cuyos fundadores o reformadores fue el Maestro Ávila contemporáneo, continúan teniéndole como referente en la actualidad. Lo mismo se puede constatar en numerosos santos posteriores y en sus fundaciones respectivas, así como en autores espirituales y escuelas de espiritualidad.

Por ceñirnos a los institutos de vida consagrada o asociaciones de vida apostólica, hemos prescindido aquí de la gran influencia del Maestro Ávila en los sacerdotes y seglares. Hemos optado, además, por una densa enumeración de datos, más expresiva de la verdad de los hechos que difusas generalizaciones.

Lo cierto es que, además de tener presente la figura del Santo Maestro, el creciente número de tesis y otros trabajos de investigación sobre su persona y sus obras que se han llevado a cabo a lo largo del siglo XX y que, con ritmo creciente, continúan realizándose en el XXI, son un índice bien significativo del interés que siguen suscitando el testimonio y la enseñanza del nuevo doctor de la Iglesia universal, cuya influencia sigue siendo magistral en la actualidad.

*María Encarnación González Rodríguez
Directora de la Oficina para las Causas de los Santos (CEE)
Postuladora de la Causa del Doctorado de San Juan de Ávila*